

Héctor Fuenzalida.

CUENTO DE VERANO

A Oscar Vásquez.

I

MONSIEUR Simón tal vez, sin quererlo, el benefactor más eficaz de la región instaló en 1907, en los faldeos que dan a la Quebrada de Camarones, un hotel que, desde entonces se ve muy concurrido. Cuando yo fuí allí hace algunos años Monsieur Simón todavía se hallaba joven y conservaba la fama que le dieron sus quesos de adobe, los que, como todos saben, le han glorificado después de muerto.

Yo llegué en un coche de posta bordeando el lento curso del Colorado, después de pernoctar en Mercedes. Encontré en el hotel a Fabián de Azúa que ya, a fuerza de usar su pseudónimo había perdido su verdadero nombre, pues se había inscrito en el registro de pasajeros con el ostentoso mote literario. Vertía al francés su neurastenia, se prodigaba en una descripción acerca de los climas, mientras Monsieur Simón le escuchaba sonriendo con incredulidad y espanto. En el hotel había un cisma entre los pensionistas; en tanto las señoras se quejaban de sus dolencias, que les afectaban particularmente el estómago y la vesícula, e ingerían con fruición el agua que escanciaba abruptamente la montaña; los hombres tediosos y lerdos buscaban en las cockteleras el residuo agradable del aburrimiento y del estío.

Aquella división impuesta por la bebida no nos interesaba a mí ni a Fabián el que, vicioso de todos los vicios, protestaba del afán de las mixturas... Encontramos de improviso en la

biblioteca una pequeña sociedad más de acuerdo con nuestros gustos. La biblioteca con un ventanal inconcluso, innundado de madreselvas, era un excelente refugio para la lectura y para los ocios de la charla o de la digestión. Se colaba allí un aire hondo de perfumes bravíos. La academia era exclusivamente nocturna. En el día unos niños pálidos hojeaban los libros de estampas y en la noche la charla picante de unos hombres solos, chocaba sobre los dorsos alineados, mezclada al humo de los cigarrillos.

A mediados de Febrero, al empezar los bailes de la terraza, nuestro pequeño grupo de hombres se fué reduciendo al par que los temas se hacían cada vez más profundos e interesantes.

Siendo hombres solos, se llegó a hablar de vicios, se llegó a hablar de mujeres; se llegaron a insinuar los temas de amor en un lenguaje falaz y ligero; sin embargo, a nadie gustó este tono, y, de pronto, dió un giro exclusivamente sentimental. Y cosa extraña, todos fuimos descubriendo bajo exteriores vulgares y cansados un alma fiel a los recuerdos. La reunión, a la medida de las confidencias, se iba haciendo cada vez más esotérica. Y era lógico. Aquellos cuatro hombres a fuerza de conversar y de contarnos anécdotas, habíamos logrado inconscientemente un grado muy alto de confianza. Casi no teníamos secretos, y nuestras charlas se habían hecho tan íntimas que ya no admitiendo confidentes advenedizos. Pero Fabián de Azúa a quien por su prodigiosa cultura colonial, se le toleraban toda clase de insolencias, trajo a la velada a un personaje que en un principio no inspiró confianza ni simpatía. Aquel hombre tenía unas ocupaciones que dejaban mucho que pensar. Era conocido como agrónomo, y, sin embargo, sólo profesaba aficiones visibles por el dibujo. Se llamaba Luciano Elgar, tendría unos cuarenta años, unas mejillas rosadas, un andar ágil, un porte casi atlético. Era un espíritu extraño, en absoluto libre y altivo, ajeno a toda concomitancia con el ambiente, cultivando, con él, una indiferencia perfecta, una de esas indiferencias que hacen llorar a las mujeres. Nunca le pudimos hallar oportunamente... Perdíase largas horas en excursiones solitarias, a lo largo de angostos valles, entre los cerros; y regresaba al anochecer trayendo en su gabeta de artista unos dibujos bañados de una luz soberbia que daba a los paisajes unánimes de la sierra un realismo violento y pavoroso. En el patio del hotel le rodeaba un grupo de niños.

Fabián de Azúa, pródigo en odiosidades y obscenidades, le profesaba antipatía y le impugnaba con encono:

—Yo sólo reprocho a Ud. sus botas de siete lenguas; su clase

de vida dispersa y holgazana. Y entre otras cosas: modo de hacer arte a campo traviesa; exceso de aire y de aguas como únicos dispendios y ficciones; falta de narcóticos, ausencia de estimulantes y de mujer en las comidas y después de las comidas; manera gitana de ornamentarse las orejas con pámpanos de boldo cuando vuelve de sus excursiones... Afición a la metamorfosis: nos ofrece Ud. a veces el espectáculo de un turista alemán sudoroso, atlético, agitado que vuelve de sus caminatas, o debajo de su quitasol ambulante, cuando dibuja una sementera, semeja un arqueólogo chiflado, o cuando se extravía usted en los pantanos vecinos al Colorado, vuelve como un vagabundo enlodado, en busca de refugio y alimento y entonces usted inspira, sin saberlo, los más candorosos y ardientes sentimientos a las damas. Ah! y en la terraza, cuando todos bailan y ríen usted retraído en un rincón, con la vista perdida en la lejanía, o hablando exquisiteces acerca de las aves, las piedras y los cerros, es un gran señor un poco poeta que ama la caza y se aburre lastimosamente con sus semejantes... Y por último, afición demesurada a esconder su obra o enseñársela a los niños diciendo si se le interroga acerca del mérito de ella que, en realidad, su arte no vale nada y que sólo lo hace por higiene espiritual. Realiza usted un arte exclusivamente higiénico; y el arte, el verdadero arte, emana de nuestra podredumbre.

Luciano Elgar asentía sin alterarse:

—Todo eso es cierto, amigo mío...

Y Fabián de Azúa, lleno de rencor, gritaba:

—Podredumbre de siglos!



Aquella noche Monsieur Simón irrumpió en la biblioteca después de las doce con una bandeja cargada de licores... Tenía el hábito de llegar a esta hora buscando charla sin denotar huella alguna de fatiga a pesar de sus años y desvanecía la frágiles discordias con un rostro afectuoso, picado de viruelas, de una comicidad irresistible...

El doctor Salvatierra, tal vez el personaje más gaudioso de la reunión golpeaba furiosamente las espaldas del francés admirándose de su fortaleza y prometiéndole como siempre una contienda de bebedores.

Monsieur Simón advirtió un poco extrañado la presencia de Elgar en la reunión. Aseguro que le conocía de hacía años y que era un *muchacho* digno de toda estimación. Pero que por

su agilidad quedaba muy holgado a aquella sedentaria reunión. Yo que era tan andariego como él y que ya le profesaba una viva simpatía, le ofrecí una copa que él rechazó con horror agregando un borbotón de excusas.

Monsieur Simón dijo:

—Será inútil corromperlo. Su virtud es el más fuerte de todos sus vicios.

No bien había dicho estas palabras, cuando un resplandor semejante al estallido del magnesio, lleno los ámbitos de la estancia. Fué como quedarnos a oscuras. El viejo hotelero se precipitó sobre el amplio ventanal y escruto el fondo tenebroso de la noche.

—Una tempestad de verano!—exclamó. Si se pudiera ver la elaboración de estos altos cielos de tempestad. Es lástima que la noche sea tan oscura. Las tempestades en esta región tienen un oropel fantástico de nubes.

Otro vivísimo relámpago cruzó la noche y vimos en lo alto de la Quebrada de Camarones, una estría rutilante, que iluminó un torbellino de nubes en movimiento. El hotelero miró nuestros rostros asombrados:

—Señores: no crean que los he estafado: el espectáculo, auténtico del todo, figura en el catálogo de veraneo... ¿Pero verdad que la noche pide a gritos una historia?

Todos impulsados por idéntica curiosidad, pedimos a coro aquella historia. Pero ninguno de los cuatro hombres tenía ya nada que contar. Nuestras miradas iban de súbito, al cielo cargado de electricidad o a la bandeja cargada de licores o a los rostros cargados de curiosidad.

Un nuevo trueno seguido de un relámpago, partió el cielo, y alguien dijo:

—Es a usted, señor Elgar, a quien le corresponde esta vez.

Era una magnífica idea, pero Elgar se agazapó en su sillón de peluche y enredó unas palabras de excusa. La lluvia empezó a tamborilear en los cristales y Monsieur Simón cerrando las cortinas de felpa, agregó:

—Ya no hay más relámpagos ni truenos. La espontaneidad de estas tempestades estivales, necesita de poca artillería. Puede usted dar comienzo señor Elgar después de este prelude. Lo autorizo para que use de mi persona en su relato, en la forma que lo exijan los acontecimientos. Un hotelero se hace indispensable a todo relato.

Elgar que se mostraba confuso, contestó vivamente:

—Gracias. Usted es muy amable... Pero en qué relato haría de mezclar su excelente persona? Yo no tengo historias.

No era precisamente vergüenza lo que impedía a Elgar ofrecernos su relato. Todos pensamos que en realidad le faltaba el tema.

Pero M. Simón le dijo de pronto:

—¿Cuántos años hace que nos conocemos señor Elgar?

Elgar respondió con tristeza:

—Muchos, muchos, mi querido Simón... Soy ya casi viejo y entonces tenía unos veinte años.

En este instante, Fabián de Azúa, se incorporó y apuntando con el índice el rostro de Elgar lo miró intensamente:

—Dice usted *entonces*... ¿Qué sucedió *entonces*?... He ahí el tema!..

Elgar esquivó la mirada.

—Oh, es un secreto de familia,—balbució—Es un secreto de familia.

¿Hay nada más terrible que la curiosidad masculina? La curiosidad femenina que tiene su límite en el corazón, es frágil, limitada, y se puede satisfacer con cualquier engaño; pero la curiosidad de los hombres que sólo se satisface con la razón, no se contenta con nada, hasta no llegar a extremos odiosos, disimulada tras una pátina de circunstancias. Bastó que Elgar tomara una actitud reservada, para que todos, usando de cuantos medios tuvimos a nuestro alcance,—le exigiéramos el relato prometido... Fué tal nuestra majadería que Elgar accedió, como único medio de librarse de nosotros.

—Apuesto,—dijo el doctor Salvatierra,—a que es una historia de amor

—No tiene nombre mi historia,—repuso muy serio Elgar.

Y empezó de esta manera:

—Hace diez años murió mi madre. Puedo hablar con más tranquilidad ya. Mi historia es de estos lugares. La vecina ciudad de Mercedes, teatro de mi asunto, era *entonces* un centro social muy ameno. E indicó cómo nuestras provincias han ido sacrificando su idiosincrasia a las innovaciones edilicias.

Añadió que había perdido a sus padres a muy temprana edad.

—Mi madre,—explicó,—era hija de franceses, radicados en el Norte, donde prosperaron en el negocio de pulpería. Allí la conoció a mi padre y allí casaron muy a disgusto de mis tías Elgar, que eran el único resto decente de mi familia. Mis tías que vivían en el Sur, muy lejos de nosotros, en Bellavista, determinaron no conocer a la francesa y repudiarla para siempre. ¿Cuál era la causa de esta conducta? No lo sé... No conocí a mi madre. Mi corazón no guarda el recuerdo que todos ve-

neran, pues, tanto mi padre como mis tías, pusieron todos los medios a su alcance para privarme de su memoria y aislarme del contacto de su imagen. Su vida es del todo extraña a mi vida. Huyó cuando yo todavía era muy niño del lado de su esposo acompañada de alguien... Mi padre murió unos años después, todavía lleno del estupor que le produjo su conducta.

Elgar se detuvo unos instantes. La lluvia azotaba furiosamente los flancos de la biblioteca.

Todos nos miramos. ¿Quién era este singular personaje que se atrevía a relatarnos tales intimidades? Nos sobrecogió una mirada rápida de M. Simón. Sólo Fabián de Azúa tosió con estruendo e hizo un ademán. Personalmente, después de la primera impresión, yo me sentí atraído por el relato y miré con doble simpatía a Elgar. El continuó tranquilamente:

—Vivíamos en San Lorenzo donde mi padre era juez. No quiso el salir nunca de este pueblo que le había traído la desgracia, y ya habituado a su dolor, echaba de menos el trato doblemente respetuoso de sus relaciones, de aquellos que halagaban su ingenio y posición, y, particularmente, de aquellos que conocían su ánimo pusilánime y acabado, y veneraban su fatalidad. He de decir que de los Elgar no quedaban más que mi padre y dos viejas solteronas, muy conservadas, que cultivaban un jardín y una huerta. Estas viejas deliciosas, eternamente jóvenes, con grandes delantales almidonados, murmullos de llaves, tenues mejillas rosadas y hermosos dientes, vivían entregadas con fruición a las labores domésticas en el pueblo de Bellavista. La familia Elgar, desde mi bisabuelo que perdió su fortuna en el juego, era muy andariega y aunque no exenta de bienes de fortuna se le veía, con cualquier pretexto, mudar de residencia. En aquella época ya estaban todos los Elgar muy distantes unos de otros: mi padre en San Lorenzo, mis tías en Bellavista; todos en lugares como es sabido, muy lejanos a Mercedes, el pueblo de origen. Sólo de tarde en tarde, un duelo o una querrela, agitaba los viejos afectos que estallaban en límites de llanto o de riña.

En San Lorenzo, teníamos el retrato de Balmaceda escondido en casa, y a veces, entre amigos de mi padre, se provocaban obscuras discusiones de política en el desván y yo escuchaba escondido en la alacena hasta que olor de las manzanas y de las pepillas de margaritas, que allí se guardaban, me hacía desfallecer.

Con la muerte de mi padre, después de un largo viaje, pasé a integrar la casa de mis tías Elgar en Bellavista

Incorporado a un medio social más *encopetado*, tenía allí

dos ocupaciones: aplastar mis cabellos con el cepillo de mi padre, por la mañana, y dar gusto, por la tarde, en el salón. Mis aficiones políticas y mis modales bruscos adquiridos en casa de mi padre, sin embargo, me llevaban continuamente a hacer indiscreciones que mis tías no podían perdonarme, pues reunían en su salón de Bellavista una rolliza hueste opositora. Pronto las abandoné para dedicarme desenfrenadamente al periodismo. Iba a una imprenta, y con el lápiz entre los dientes, discurría mentiras y chascarros, y en la madrugada, entre boks de cerveza, tuteaba a las personas mayores del Club de la Estrella. De esta manera enflaquecía, olía mal, me impregnaba tenazmente de Zola y de un puritanismo insultador y tenebroso. Pues bien, sin hallar que hacer con mi destino, y después de un violento acceso que culminó en una tentativa de suicidio casi de carácter político, fuí sorprendido con la noticia que mis tutoras me otorgaban una prudente mensualidad a cuenta de una herencia que ignoraba.

—Pues bien, continuó Elgar.—En esta ocasión un médico alienista que usaba anteojos ahumados y barba cerrada, me ordenó una temporada de vacaciones. Este médico alienista es un personaje de mi infancia. Dos veces al año atravesaba el pasadizo entablado de la casa de mis tías. Yo escuchaba su voz oscura, siempre igual, que ennegrecía los días grises. Venía en otoño a ver a tía Eulogia, enferma anualmente de su primer catarro, y en primavera volvía al despuntar los granos de tía Amelia, con las primeras flores del jardín. El misterio de sus ojos escondidos no me fué revelado sino cuando lo tuve frente a frente. Así, no pudo disimular una mirada suave que se paseó por mi frente y mis mejillas interrogativamente, mientras yo me adueñaba a mansalva de sus pupilas al través de la bruma de los cristales. Simulaba ir siempre pensativo con los párpados bloqueados por el misticismo. Ah! Pero yo sabía el secreto: aquellos ojos habían mirado a tía Eulogia y habían mirado a tía Amelia: la indecisión le obligaba a llevarlos ahumados, tamizados, ocultos. Mis tías juntaban las manos y me decían que debía obedecer ciegamente. En la tarde pensé que había cumplido veinte años. Me miré en el espejo: usaba barba rala, anteojos de carey, corbata de plastrón, bastón de perilla y como fumaba copiosamente, mis dientes estaban amarillos. Me consideré demasiado compuesto a mis años; pensé seriamente en mis vacaciones y arrojé mis galas

Era a mediados de Octubre.

Antes de radicarme en la playa tenía que pasar unos días en Mercedes donde mi padre de soltero había hecho su estreno

en la abogacía y de donde, como he dicho, era oriunda mi familia. Yo recuerdo un hombre envejecido (era mucho mayor que mi madre) siempre refunfuñando, afecto a las comidas picantes con una mirada viva, infantil y a veces mordaz, en medio de una frívola afición a las colecciones. Confieso que al venir a Mercedes mi propósito era muy vago y sentimental. Al despedirme de mis tías en una indiscriptible escena de ternura filial, me encargaban, entre sollozos, que buscara allí un antiguo reloj de familia, que, desde Juan de Carrasco, fundador de una dinastía de agricultores del Colorado, y luego en los Quevedo, viñateros fervorosos, y luego cruzando una sinuosa línea de colaterales, llegaba hasta el comedor de los abuelos Elgar de donde se perdía misteriosamente. Me pedían también que en Noviembre bajara a poner flores sobre la tumba de tía Rosa Carmela.

Obsesionado por la imagen de aquel reloj, unida a la de mi tía muerta, a quien, no se por qué complejo, suponía sin narices, partí ignorando que por las calles del pueblo, empedradas con piedra de huevillo, transitara desde el principio del mundo, gente del todo afable y distinguida.

He dicho ya que cumplía mis veinte años y transcurría entonces, lentamente, sin sucesos, un año lejano, polvoriento, impregnado de moho en sus articulaciones con el tiempo: 1907.

Arribé mal.

Me inscribí en el registro del hotel, agregando a mi nombre y mis dos apellidos, la profesión de periodista, pues se me exigió que aclarara acerca de mis ocupaciones.

A la hora de comida, Monsieur Simón, entonces ya eximio hotelero, me hizo probar los exquisitos quesos que adobaba y que daban fama virginal a su establecimiento. Dormí desordenadamente. Soñaba ir por la orilla de un mar, al borde de un acantilado; de pronto el nivel del agua subía hasta cubrir las rocas donde yo trepaba procurando salvarme. Una ola monstruosa me envolvía arrastrándome mar, adentro; pero una mano más fuerte que la resaca me volvía hacia la orilla. Quería ver a quien pertenecía la mano salvadora y sólo veía a la distancia, sobre unas dunas ardientes, el cuerpo de una mujer desnuda, en actitud supina mirando el claro cielo.

Me sentí muy solo a la mañana siguiente.

Pero a la hora de almuerzo tenía un compañero de mesa. Debo confesar que yo tuve la culpa de tan singular amistad. Me atrajo su mirada suplicante y húmeda, el exceso de palabras y ademanes de que estaba compuesto, dentro de su obligado silencio. Saludaba a todo el mundo con una sonrisa de

complicidad sin que nadie hiciera caso a sus insinuaciones de mendigo de charlas. Una muy explicable caridad profesional, me obligó a dirigirle la palabra. Y esto bastó.

Este hombre al descubrir en mi rostro demacrado los restos de un periodista, estuvo a punto de volverse loco de alegría. Era un periodista de verdad, en estado de furiosa incubación. Al apreciar aquella alegría yo vacilé un instante; y creí que en realidad mi vida, mi pasado, eran dignos de ese entusiasmo. Pero a poco, descubrí que sólo los deseos de charlar impulsaban a este hombre sencillo a adular todas las profesiones.

Exclamó:

—El periodismo... El periodismo! Toda nuestra historia nacional está materialmente cubierta de periodistas. Vea usted...

Iba a seguir enumerando una lista de personajes que empezó a urgar en su memoria. Pero yo le interrumpí. Era excesivamente débil y su esfuerzo intelectual parecía agotarle. Cubierto de anteojos y bufandas, vivía en un perpetuo catarro. Su rostro reflejaba tal candidez, tal inocencia, que creí que se emborrachaba con sus palabras. Noté que en su adulo no había hipocresía y sentí lástima de la fuerza de su entusiasmo. Le interrumpí ofreciéndole los primeros nísperos de la estación.

Respiró profundamente después de devolver sobre la mano los cuescos húmedos. La fruta parecía llenar de súbita fecundidad su ánimo:

—La industria frutícola es, sin duda, una de las mayores fuentes de riqueza nacional. No hay más que ir a las estadísticas. En el último mensaje del Presidente...

No oí más. De pronto sentí una cosa extraña en el estómago, un vértigo pavoroso. Toda mi vida pasada se amontonó en un instante sobre la mesa. Ví entre los cubiertos y las copas discurrir un mundo ya muerto que odiaba; el club de la Estrella, aparecía ante mis ojos con su cortejo de espectros políticos.

Mi estómago, por lo demás, solicitaba sin vacilaciones, atención inmediata. Pedí perdón a mi amigo y salí violentamente del comedor. Corrí en demanda de mi pieza, donde esperaba hallar la tranquilidad que necesitaba. Pero llegado allí, tuve que retroceder bruscamente desde el umbral.

Una dama y sus maletas ocupaban toda mi estancia. Oí una voz ligera y grave, cargada de entonaciones de contralto que a veces parecían quebrar el tono en un sollozo. M. Simón discurría ronroneando como un moscardón al sol, en una ola de perfumes. Al verme en aquel estado, no pudo disimular su malestar. Me tomó con brusquedad del brazo y arreó conmigo.

—Cómo se atreve a importunar de esta manera a Mme. Leblanc! murmuró lleno de indignación.

Transportado en esta forma, me explicó que Mme. Leblanc era una distinguida dama de la colonia francesa, obligada por la necesidad y que iba a instalar una exposición de novedades para señoras en el hotel. Acababa de llegar en el último tren. Me condujo al través de un pasillo y me indicó una puerta.

—Este es su nuevo alojamiento, me dijo y desapareció sin una excusa.

Apenas si tuve tiempo para entrar a mi nueva habitación. Mi malestar era atroz.

Mi nueva alcoba era muy triste. Estaba colocada en un pasillo y no recibía luz por ninguna parte. Tendido en la cama miraba por la puerta el paso de algún pensionista a un criado, cuyo delantal recogiendo la luz del patio iluminaba con una claridad fugaz la oscuridad temblorosa del pasillo.

Allí recapitulé acerca de mi suerte. Maldije aquella Mme. Leblanc que infundía tanto respeto a mi candoroso hotelero... No había tenido tiempo de apreciar su persona tan hermosa. Recordaba una voz, recordaba un perfume, recordaba el óvalo de un rostro asombrado: reuní pequeñas cifras, sin lograr el total. Pero era, sin duda, una hermosa señora.

No volví a verla.

Pasaron unos días agitados y atribulados. Sin hallar el reloj de mis tías, Mme. me intrigaba, me enfermaba, la buscaba. O perseguía en la escalera del hotel un leve taconeo, una tosecilla, una voz rápida dando órdenes, o un perfume atrapado de súbito por mis narices, me detenía delirante; u ocioso, cansado de nada, vagaba por las calles de la ciudad entreteniéndome mi solitario aburrimiento con melancólicas ocupaciones; o me imponía la obligación de visitar los misérrimos alrededores; o leía el tratado de Química de Langlebert en las despobladas avenidas del cementerio; para desterrar de mi alma los prejuicios y los vanos temores; o permanecía largos instantes bajo las naves de la iglesia parroquial oliendo el incienso que a veces me enervaba o me producía vértigos al estómago. O provisto de un lápiz y unos papeles, copiaba los gestos de la naturaleza en la sencilla fisonomía de los alrededores. Esta afición, lo confieso, brotó de mi de improviso cuando hacía en una hoja de papel la cuenta de mis gastos. Súbitamente mi lápiz se enredó en una curva, persiguió un objeto, y llegó a una forma. Era dibujante. El ocio hizo lo demás.

Mi *animula vágula* había olvidado la verde ternura de mis tías y el reloj de pesas de mi familia. Mi compañero de mesa

se había perdido y sus gastos estaban cargados a mi cuenta.

Pero una mañana hallé una esquila en mi velador. El papel lo firmaba Madame Leblanc y estaba impregnado de un olor maternal, cálido y gentil. Era tan inesperado para mí, que apenas pude leer su contenido. Madame Leblanc se excusaba de haber ocupado mi alcoba y me invitaba a comer aquella misma noche a su mesa. Me reservaba una dieta. Tanto delicadeza me llenó de rubor. Tosí fuertemente al enjuagarme las encías; extendí canturreando la ropa blanca sobre mi cama, restableciendo el orden general de mi equipaje. Sin saber lo que hacía, compré un paraguas de realización y pedí a mis tías mi lejano pijama granate.

En la tarde, al respirar el blando airecillo del cementerio, mi espíritu abierto a una nueva vida, sentía que Madame Leblanc, como Mathilde Dembosky, al pobre Stendhal, infundía en mi alma «ideas buenas, justas e indulgentes».

Bajé a la tumba de tía Rosa Carmela y le arrojé un manojo de rosas.

Encontré a Madame Leblanc a la hora de comida sentada a la mesa, con un echarpe de cachemira sobre los hombros casi desnudos. En el centro de la mesa, aislada en un extremo, estallaba un grueso búcaro de ranúnculos y margaritas.

El vapor de la sopa de gallina cubría el busto como un incienso. Al frente, de espaldas al comedor, había otro cubierto.

—Trae usted una cara de enfermo, Luciano—exclamó con exquisita familiaridad en una lengua corriente. Mi nombre pronunciado con naturalidad por su boca me produjo tal nerviosidad, que, al inclinarme volqué la enhiesta espuma de la servilleta doblada en forma de ramillete, y fué a hundirse en el plato de la sopa.

Debió parecer debilidad mi torpeza porque, al sentarme, agregó con cariñosa severidad:

—Usted debe cuidarse. Vagabundea demasiado a su edad. ¿Qué barbaridades anda haciendo?

Yo bajé los ojos, avergonzado. Mis barbaridades!

—Busco un reloj de pesas para mis tías,—le repuse desplomándome en la silla.

Como no tenía otro tema, empecé a hablar de mis tías de Bellavista. Y tal vez estuve ameno, porque Madame, con los ojos muy abiertos, me escuchaba con extraordinario interés.

II

Como era de esperarlo,—continuó Elgar,—al día siguiente,

todo el hotel estaba ocupado con la anunciada exposición de Madame Leblanc, y la noticia había llegado hasta el público.

Esto tuvo serias consecuencias para mí.

En la mañana, la criada española de M. Simón al servirme el desayuno, se enredó en la alfombra y súbito rodó volcando la bandeja del café. Un momento después, se levantaba protestando con insolencia haber manchado el vestigio negro con leche y mientras se limpiaba concienzudamente la falda y se enderezaba la peineta de concha frente al espejo, murmuró un concierto de injurias, y salió canturreando sin hacer caso de mí. Muy disgustado salté del lecho, y bajaba la escala de los dormitorios, pidiendo dos huevos a la paila, cuando mis gritos, que habían llegado al gallinero, hicieron estallar allí un alegre y abigarrado clamor que colmó mi impaciencia. Aquellas aves impertinentes, sin preocuparles mi indignación, parecían vocear el nombre de Madame. En el rellano, frente a la cabeza de venado que adornaba el muro, tropecé violentamente con M. Simón que subía hecho una exhalación de agua de Florida. Volvióse rápidamente excusándose:

—Tenemos a Madame Leblanc ya instalada en casa...

Yo le repuse con una cólera heroica que deseaba desayuno.

—Vea en el salón. Es allí donde Mad. Leblanc muestra sus vestidos. Acuda. Maravilloso.

Infructuosamente entré en el comedor. Allí, entre la vajilla callada y vacía, dispuesta ya para el almuerzo, sólo veíanse tarjetas ilustradas en las que se destacaban sobre capitulares rojas, el nombre de Madame y el nombre de unas sedas. En la puerta del hotel había un aviso de una inmovilidad petulante: Mme. Leblanc, robes et manteaux.

Mme. Leblanc, Mme. Leblanc, por todas partes...

Fuí informado que la exposición ocupaba provisionalmente la sala de recibo del hotel, y guiado ya por la curiosidad, entré tímidamente en aquel santuario. Madame había hecho encender un brasero y quemaba unos panes de azúcar con el objeto de cambiar el olor rancio de la estancia; un poco despeinada, como concertada para un aquelarre, tras el humo dulce y fragante, tomaba, andando de un lado para otro, su desayuno; y mezclaba a él infinitos quehaceres. Sin ser visto, yo la observaba desde la puerta: tan pronto se llevaba a la boca un pedazo de tostada que después dejaba sobre un mueble o un baúl; como, accionando con la otra mano, rompía con un pequeño jadeo un lazo o una etiqueta. Su persona era algo bravía, masculina, ostentosa, sensual, danzante, y en ciertos límites, humorística.

Al sorprenderme, exclamó:

—Me ha asustado, monstruo!

Constaté: ojos grises, brillantes, duros que se agrandaban al responder, y parecían siempre llorosos o irritados en su luz violeta. Tal era la fuerza de estas pupilas, que no he vuelto a ver parecidas, que, como ocurre con el colorido de un pintor, infundían su matiz a las cosas.

Hice ademán de retirarme, pero ella me detuvo rogándome que la acompañara en la tarea de sacar de los baúles las toillettes y extenderlas cuidadosamente sobre las butacas forradas de damasco pálido. Al girar extendió un brazo y un olor violento y fragante me picó las narices. Abrió un baúl, lleno de bandejas y me dió unas explicaciones. Cuando toqué las sedas, sentí un estremecimiento; eran tan suaves y perfumadas como suponía la carne de la mujer que las comerciaba; parecían vivas y se desmayaban en suaves giros como en el intento pueril de sorprender en una pose irónica y voluptuosa. Había que llevarlas sobre los brazos, sopesándolas, sentarlas con cuidado sobre las sillas, donde se entregaban en una desnudez magnífica, al ensueño de su inutilidad.

Ella me llamaba niño o monstruo. Yo le preguntaba:

—¿Usted viaja mucho?

—Mucho, me respondía, con un gruñido, sosteniendo un alfiler entre los dientes y agrandando los ojos

—¿Trae también perfumes?

—Si traigo. En aquella caja están... Y me indicaba sin levantar los ojos, con una amohadilla de terciopelo, un montón de cosas. Busqué allí, debajo de eso, más allá de aquello, a la derecha, debajo del rótulo... Lafayette, Lafayette...

Levantaba la vista.

—¿Qué busca ahí? Eso... son galletas.

Yo me comí una caja.

A pesar de todas estas familiaridades, Madame me pareció menos llana que antes, y noté que afectaba su pronunciación, seseando y gangoseando las palabras.

Al anochecer ví unos escotes en el zaguán. Me perdí, aturdido del contorno. A los dos días, Madame me llamó a su mesa y me dijo:

He preguntado frecuentemente por usted y nadie sabe decirme donde guarda su soledad. Existe, sí, la presunción de que nos consagra aún la hora del sueño. Es usted, un Buda, una enredadera, una luciérnaga, un oso...

Yo le repuse casi con coquetería:

—Me aburre, me aburre todo.

Un aliento cálido volaba de su boca.

—Venga a verme esta noche. Le reservo una sorpresa, insinuó a mi oído.

Aquella noche crucé el pasillo con mi casaca granate recibida por expreso. Golpeé los vidrios de Madame aterido y animoso. Creí ver que apagaban una luz y empujé. Un silencio y una obscuridad pesada, en una atmósfera espesa, me hicieron vacilar un instante. Empujé sin embargo la puerta y dije:

—¿Está usted ahí?

Se oía el tic-tac de un reloj y brillaba un reflejo en la penumbra cargada de olores densos y soberbios, Repetí mi interrogativo sin lograr una respuesta. Oí, entonces, claramente, un gruñido que me llenó de pavor y regresé temblando a mi cuarto. Allí me despojaba humillado de mí formidable abalorio granate cuando, de afuera, en el pasillo, una voz fresca de mujer, al pasar, me gritó:

—Le esperamos en el salón...

La alegría de esta voz me dió ánimo para rehacer mi dispersa toilette.

Con mi casaca granate después de buscar arriba y abajo, hice entrada, cegado por la luz, al club nocturno de Madame que ocupaba una gran pieza vecina al repostero.

En aquella pieza, amueblada en forma original, M. Simón había reunido toda la quincalla de sus anteriores errancias, Había allí pedestales, estatuas, jarrones, lámparas, biombos, oleografías, acuarelas, mandolinas, cokteleras, koks del Tirol, escupideras, pipas de espuma de mar, licoreras, narghilés...

Aquella noche que era *la première*, la gente se entretenía en ir examinando festivamente los objetos. Había unas jarras que el levantarlas, ponía en movimiento un mecanismo que lanzaba al aire una musiquilla en la cual se percibía una melodía antigua. Todo estaba lleno de sorpresas. Alguién tomó el vientre de un muñeco y en medio de una nubecilla de polvo rancio salió, de un fuelle escondido, un maullido horripilante que hizo gritar a las damas. Pero lo más sensacional de aquel bric-a-brac, era un fonógrafo de cilindros que funcionaba muy defectuosamente. Con los tubos embutidos en las orejas, la gente escuchaba como al través de las profundidades de una cisterna, la voz del tenor Constantino:

O Lola blanca...

Unas cortinas rojas en las puertas, hacían angustiosa la atmósfera que se abría hacia el techo en un cielo ficticio poblado de serafines al bermellón. Yo seguía el grupo con languidez. Pero, de pronto, sentí un vuelco. En un extremo, cubriendo la esquina del piso al techo, se erguía el reloj de pesas de mi familia. Me detuve conmovido ante aquel monumento. Le habían hecho andar y marcaba unos lerdos compases. Desde el obscuro rincón donde yacía, daba una hora cada cierto tiempo y asustaba el imprevisto de su ecuánime corazón de hierro en marcha, a cuyo ritmo las generaciones de mis abuelos aprendieron a fortalecer sus corazones y a medir un tiempo disperso y holgado que no tenía contornos en la inmensa llanura de su felicidad.

Con qué lentitud y, a veces, con qué tedio veía desarrollarse aquellas primeras reuniones. Todo era inexplicable para mí. Los caballeros a un lado, bebían a sorbos la mistela de apio que les ofrecía M. Simón, y tosían con estruendo abroquelados en sus pecheras almidonadas, para acusar el placer que les causaba la bebida picante y dulzona. Las señoras, atendidas por Mme. titubeaban al beber, hablaban, murmuraban, no comprendían nada, y, sin embargo, tenían los ojos encendidos por un deseo oculto: aquellos ojos de súbito revelados, muertos, verdinegros, antes pegados a las caras como a unos rótulos marchitos

(Continuará).